

Así recuerdo yo mi vida

Confieso que he sido feliz

Joseba Lazcano, S.J.

*"La vida no es lo que uno vivió, sino
la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla"*
(G. García Márquez)

A mis 85 años...

Hoy, 6 de agosto de 2019, estoy cumpliendo 85 años. Estoy en Ocumare de la Costa, en una semana de vacaciones juntamente con casi una treintena de compañeros jesuitas; seis de ellos, filósofos (compañeros de comunidad) y otros seis novicios. Y me alegra ver que solo dos de los que estamos aquí somos de los que *vinimos de por allá*.

No sé si estoy comenzando la última etapa de mi vida; sí soy consciente de que estoy dentro de ella. Es cierto que todavía tengo por delante tareas... y pasión para entregarme a ellas.

Pero también es cierto –y creo que cada vez más frecuente– que las tareas no tienen ya tantas urgencias, y no pocos veces puedo darme el lujo de la pregunta *¿qué voy a hacer ahora?* Deben ser los momentos de acariciar algunos recuerdos de la vida: estoy convencido de que uno de los más bellos regalos que la sabiduría de Dios ha deparado a los viejos es la ternura para mirar la propia vida... y las de los demás.

Hoy, las olas de este Caribe venezolano llegan mansas, pero tenaces, como los recuerdos amigos que van afluyendo sin prisas. Nunca en la vida del mar llegan dos olas iguales... Pero todas ellas son un mismo mar, una misma vida. No importa el orden ni el tono de cada recuerdo, de cada *memoria*, como tampoco importa la forma ni el momento de cada ola. Importa la vida que hay en las olas del mar... y en la memoria.

Hoy, sin luz ni internet en esta Venezuela fallida, la batería de la computadora se hace cómplice con el momento del país. La apago. Y, en este escenario privilegiado, empiezo a encender los recuerdos agradecidos de estos 85 años.

Salí de mi casa a los 12 años

Parece que de niño me preguntaron qué quería ser cuando fuera grande y que yo dije que quería ser jesuita. Al parecer, yo sentía admiración por los novicios jesuitas que venían de Loyola a dar catecismo en la escuelita –*Eskola zaharra*– vecina a mi caserío. Lo cierto es que, cuando apareció por allá, años después, otro jesuita que estaba buscando “vocaciones” para la “Escuela Apostólica”, mis padres aprovecharon la oportunidad y me empaquetaron para allá, hoy digo que en buena hora...

Recuerdo mi primera salida de casa. Era el 3 de octubre de 1946. Yo tenía doce años. Por lo visto, mis padres querían que yo fuera al colegio internado *bien preparado*, y me enviaron a la parroquia para que me confesara, oyera misa y comulgara. No recuerdo los pecados que confesé, pero sí recuerdo que el cura me habló de que ese día era la fiesta de Santa Teresita del Niño Jesús, que era una santa muy reciente, que había nacido cuando nuestro viejo párroco, D. Casiano Garaialde, tenía diez años y que, sin salir de su convento de clausura, había rezado tanto por las misiones que la Iglesia la había proclamado Patrona Universal de las Misiones...

Después de la misa, tomé el tren, acompañado de mi abuela, en la estación de Azpeitia. Ocho kilómetros más adelante, en Zestoa, se montó otro niño con su madre. Era Sabino Eizaguirre. Al parecer, mi abuela intuyó que también iban a la Apostólica de Durango. Por supuesto, entablaron conversación, y pronto –¡no podía faltar...!– hasta descubrieron que estábamos emparentados... Desde entonces, *Xabin* fue compañero de curso por dos años en Durango y cinco más en Javier, y vino a Venezuela conmigo en el mismo avión. Hace poco (23.2.18) murió en Puerto Ordaz. Ha sido mi hermano más entrañable. Me conmovieron sus últimas palabras cuando sintió el infarto: *He sido feliz. Y, si hoy tengo que morir, en tus manos, mi Dios, encomiendo mi espíritu* (¡sin comentarios...!).

Durango y Javier

Mi juventud se resume en dos palabras que no son noticia ni suscitan interés: fui un *muchacho bueno* (un *chico bueno*, dicen por allá)

En efecto, suena aburrido; pero disfruté intensamente mis años del colegio internado (dos en Durango y cinco en Javier): unos educadores de calidad, personalmente cercanos; cada materia escolar, como descubrimiento del mundo y de la vida; pero, sobre todo, los compañeros, que pronto fueron verdaderos amigos, con sus mundos distintos: aragoneses, navarros, guipuzcoanos (y no solo de Azpeitia).

Y, muy importante para mí, el fútbol... En los *sistemas técnicos* de aquellos años de **MW** (tres defensas, dos medios y cinco delanteros, yo era indiscutible como

medio izquierdo. En mis últimos años de Javier, conformamos un buen equipo: en una liguilla que organizamos con los *mozos* de los pueblos cercanos a Javier, quedamos de campeones. Y hasta nos dimos el lujo de jugar un partido en Sangüesa contra el Osasuna, que acababa de subir a la primera división de la Liga Española y fueron a Javier a rendir homenaje al patrono navarro: perdimos..., pero dignamente, con un 3-0. Por cierto, la mayoría de los futbolistas de aquel equipo nuestro vinimos a Venezuela de jesuitas: Dionisio Lahuerta, Seve Bidegáin, José Ramón Aguirre, Miguel Odriozola, Carmelo Garaizábal, Tarsicio Moreta, Luis M. Uranga, yo... ¿Será casualidad?

Javier y Venezuela

Esto me hace recordar que yo había escuchado, no sé dónde ni cuándo, que parte del financiamiento de la Apostólica de Javier provenía de ayudas de Venezuela: el bolívar, a 3:35 por dólar, era moneda fuerte que rendía mucho en las pesetas de la posguerra... Años después, al celebrar la Apostólica de Javier sus 100 años en el 2004, éramos en Venezuela nada menos que 48 los jesuitas *javierinos*...; y 211 más eran jesuitas en otras doce provincias del mundo...

Por cierto, muchos años después, descubrí entre los papeles amarillentos del archivo de Fe y Alegría de Caracas que nuestro P. Vélaz, el año 46, acompañado del P. Alberdi y con la ayuda del famoso músico jesuita *azkoitiarra* P. Otaño, consiguió una entrevista de 40 minutos con el mismo *Generalísimo* Francisco Franco... El resultado fueron ¡2.700.000 pesetas para la Escuela Apostólica de Javier...!

¿Y la familia?

Creo que, en mis años de Durango y Javier, mi familia fue sencillamente un **supuesto obvio**, como es el aire que uno respira o el amanecer del día o el cielo estrellado... Más tarde –¿demasiado tarde?– uno va descubriendo el regalo de Dios que suponen unos padres campesinos –*baserritarrak*–, poco más que iletrados, con profunda sabiduría de la vida y no menos profunda calidad humana (*¡qué bueno, Padre, que así lo has querido!* Lc 21,21).

Y disfruté, como algo obvio, de ser el cuarto de diez hermanos, prácticamente con diferencias de edad de año y medio entre nosotros. Y de los diez, ¡nueve varones! La hermana (la sexta), por supuesto, la más exquisita síntesis, en femenino, de los Lazkano Uranga. Por cierto, ella fue la primera que se casó (en la misma misa que el segundo de los hermanos): no sé si calculó que le resultaba mejor planchar los pantalones de un hombre escogido por ella, que los de diez que ella no había escogido...

Y no puedo dejar de nombrar a los abuelos maternos, bello y efectivo complemento de la familia, sobre todo la abuela Euxebi, con su laboriosidad y recio cariño y con un talento administrativo extraordinario.

Noviciado en Loyola y destino a Venezuela

Ciertamente, fui un *muchacho bueno*, sin culpa y sin mérito de mi parte; simplemente, como dicen los sociólogos, un buen producto de la *socialización primaria* (la familia) y de la *socialización secundaria* (Durango y Javier).

Y, en consonancia, también fue lógico que, al terminar mi bachillerato, decidiera ser jesuita. Mi discernimiento no tuvo sobresaltos. Y, recién cumplidos los 19 años, con entusiasmo y alegría, ingresé al noviciado de Loyola.

En ese mundo nuevo de los Ejercicios Espirituales de un mes y el proceso de *ir haciéndonos jesuitas*, un tema fuerte presente en el noviciado era el posible destino a Venezuela. Era política nueva entre los jesuitas que los destinos a Venezuela debían ser en el noviciado para que, más jóvenes, nos hiciéramos venezolanos con más flexibilidad. Y, en efecto, el 01,12.54 –la fecha más definitiva, y que más agradezco en mi vida– me comunicaron mi destino.

Tres meses después, acontecí en Venezuela, con los ojos bien abiertos y el pulso muy firme. A los pocos días de nuestra llegada al noviciado de Los Chorros, fuimos a conocer la recién nacida Universidad Católica... Todavía recuerdo la conversación sostenida en su patio central con dos jóvenes universitarios que acababan de fundar Fe y Alegría, bajo la dirección de Vélaz y como actividad de la Congregación Mariana Universitaria: su preocupación era que esa actividad de la Congregación estaba creciendo con tal fuerza que se veían forzados a olvidarse de la Congregación para dedicarse a Fe y Alegría...

Esos mismos días llegaban también a Caracas los dos profesores jesuitas que iban a dar más prestigio a la UCAB que estaba naciendo; el economista Manuel Pernaut y el abogado Luis María Olaso.

De mi noviciado en Los Chorros, además de los nuevos connovicios venezolanos y de la sustitución de los oscuros y solemnes tránsitos de Loyola por una *casa al aire libre*, rescato los cristofués que nos despertaban en la mañana... y los consejos del P. Viceprovincial Jenaro Aguirre el primer día: ***Háganse venezolanos: y les propongo desde ya, aunque al principio les parezca que hacen el ridículo, sustituir las z y las c por las s.*** Y valoro también el cursito intensivo de tres meses entre nuestros votos y el viaje al juniorado en Colombia, sobre la historia, literatura y cultura venezolanas, incluido el *Manuel de Carreño*, ¡primer autor venezolano que conocíamos...! Pero, yo creo que empecé a sentirme venezolano ya en Colombia, donde éramos “los venezolanos”, recibíamos revistas

y mucha información de Venezuela e íbamos descubriendo autores venezolanos más allá de nuestras clases de filosofía escolástica en latín.

Una pequeña crisis en mi espiritualidad

Mi vida espiritual en el juniorado de Santa Rosa de Viterbo fue una continuación de mi noviciado, hasta con algún exceso... que, fue provechoso como lección aprendida de que ese camino no era el mío...

Llegó a mis manos un libro que acaba de ser publicado, ***¡Nosotros firmes!***, la vida de José Ignacio Eceizabarrena, “el San Juan Berchmans” de nuestro tiempo. La base ascética de nuestro noviciado de esos años y quién sabe si todavía más el hecho de que en la lejana Colombia me identificara fácilmente con este nuevo santo tan cercano a mí –jesuita, donostiarra, muerto en Loyola hacía cuatro o cinco años– hicieron que me entusiasmara e identificara con él. Hice mía la meditación central que orientó su vida: el encuentro de Jesús resucitado con Pedro en el lago de Galilea y la triple pregunta del *¿me amas?* Y, por supuesto, la triple consecuencia: pues, entonces, 1) ningún pecado mortal, 2) ningún pecado venial y 3) el “voto de perfección” (es decir, escoger siempre lo que sea más perfecto, aunque sea moralmente indiferente).

Con firme decisión, cada lunes por la mañana volvía a mi triple respuesta en mi hora de oración... ¡y cada lunes me encontraba peor que el lunes anterior! Ese año, ciertamente el más fervoroso de mi vida, no fui nada feliz en mi vida espiritual. El estoicismo griego y la ascética cristiana son, sin duda, dignos de admiración, y pueden ser de provechosa utilidad; pero poco a poco fui entendiendo –¿tiernos regaños del Espíritu de Dios?– que ese no era mi camino. No sé si existe en la vida algo más profundamente bello que un regaño con ternura..., sobre todo si estás convencido de que ese regaño es del Espíritu de Dios.

Una crisis algo más seria...

Por supuesto, la vocación religiosa no puede ser la respuesta del niño a la tópica pregunta de qué quieres ser cuando seas grande... Tampoco es definitivo un serio discernimiento espiritual a los 19 años por el que decides ser jesuita. Ni siquiera los dos años de estudio y discernimiento en el noviciado, acompañado de un buen maestro, son definitivos. La misma vida de Ignacio de Loyola fue una historia de entusiasmos, proyectos y rectificaciones, eso sí, siempre discerniendo y tratando de seguir lo que entendía que Dios le pedía.

Un tiempo muy crítico para mi vocación fue mi tercer año de Filosofía en Bogotá. A mis 25 años, encerrado en la casona de Chapinero, con las clases de filosofía escolástica en latín, y la única actividad hacia fuera de un catecismo semanal en

un barrio de Bogotá... al parecer, lo único *apasionante* en nuestras vidas eran las peleas entre nosotros entre los tomistas-cayetanistas y los suarecianos sobre la distinción real entre la esencia y la existencia... y algunos partidos de fútbol al norte de Bogotá. No pocas veces, mi imaginación abandonaba el frío de la sabana bogotana (y el libro de *Metafísica* del P. Dezza), y salía de excursión por playas y atardeceres en cálidas playas venezolanas...

Un día, el *Padre Espiritual*, con quien conversaba más o menos mensualmente, observó que la expresión **soledad afectiva** era recurrente en mí, y me interpeló: *Hermano Lazcano, habrá que discernir en serio si Dios le quiere en el celibato o formando una familia...* Aquello me dejó totalmente desbalanceado. Incluso deseé que mis superiores me aconsejaran que dejara la Compañía. ¿Me estarían esperando otras playas y otras *compañías*?

Recuerdo que un día, una bella joven que pasaba por la acera del frente se sonrió al ver que un cura joven la miraba desde la ventana. Mis hormonas se alebrestaron, y me sentí todo perturbado... Decidí hablar con el P. Rector, a quien apreciaba y quien me inspiraba confianza. Era el P. Eduardo Briceño, quien posteriormente fue Provincial de Colombia y, más tarde, Asistente del P. Arrupe.

Le comenté que el P. Espiritual, ante mis recurrentes expresiones de **soledad afectiva**, me había puesto en duda mi vocación: “¡qué disparate”, exclamo; pero inmediatamente cayó en la cuenta de que estaba desautorizando al P. Espiritual, y rectificó: “*Está bien, usted, dentro de unos meses, volverá a Venezuela al magisterio: su vida allí será muchos más parecida a la vida de jesuita en el futuro, si es que sigue para delante, que la vida de este encierro en el Filosofado. Le propongo un plan: en su primer año de magisterio, suspenda cualquier discernimiento; entréguese a su trabajo. Eso sí, después de ese año, haga sus Ejercicios Espirituales y discierna allí su vocación*”.

Mi vocación empezó a ser pasión

Yo empecé mi magisterio bastante sensibilizado socialmente. Heredé en el Colegio Gonzaga de Maracaibo el CEAS (Centro de Estudio y Acción Social), que el P. José María Lasarte y el maestrillo Mario Moreno habían iniciado un par de años antes. Las mañanas de los sábados, con un grupo selecto de los mayores del bachillerato, alternábamos entre el estudio de la Encíclicas Sociales de los Papas y las visitas a los barrios más pobres de Maracaibo. Además, me hice cargo del periodiquito estudiantil *La Cátedra...!*, que propiciaba la formación en liderazgo con proyección social.

Un día, apareció por el Gonzaga el P. Manuel Aguirre, a quien yo admiraba como fundador de la revista SIC y promotor del vigoroso movimiento sindical de *Codesa*.

Cuando estaba conversando con él en el patio, una señora, evidentemente muy pobre y con un niño en sus brazos, se coló por la puerta, que extrañamente estaba entreabierta, y nos pidió una limosna. Manuel la atendió con evidente cariño. Al volver a mí, como hablando con sus propios pensamientos, comentó: *esa es nuestra gente; para esta gente estamos en Venezuela.*

Poco después, el Provincial Baldor, en su visita a Maracaibo, me invitó a participar en Ocumare en el que iba a ser el histórico “Primer Cursillo de Capacitación Social de Ocumare” del P. Manuel Aguirre para universitarios.

Esa invitación fue decisiva en la orientación de mi vida. Me resultó apasionante el convertirme en referencia para organizar y coordinar, y aun dirigir, esos cursillos en una casa de playa al norte de Maracaibo, y sentirme parte de un movimiento que empezaba a expandirse por varios países centroamericanos, por Colombia, por Ecuador, por la República Dominicana...

Además, los domingos después del almuerzo –el único momento de la semana en que podía descansar dos o tres horas en la playa de Loreto– tomaba una lancha rápida –el Puente sobre el Lago estaba en construcción– para acompañar a liceístas de Cabimas para analizar la situación social del país y reflexionar sobre lo que la Doctrina Social de la Iglesia decía al respecto. Y en la noche, acompañaba al sacerdote en unas misas de militante afirmación cristiana –ante sonrisas perdonavidas de los camaradas– en la residencia universitaria, justo en los meses en los que la guerrilla iniciaba su actividad en el país...

Por supuesto, el descubrimiento de una pasión no elimina otras pasiones... que se le siguen ofreciendo a todo biennacido: pero como que tenía razón Ignacio de Loyola con aquello de que lo importante es *ordenar los afectos*...

Cuando dejé Maracaibo para ir a Teología a Roma, me llegó el chisme de que un viejo jesuita, compañero de comunidad en el Gonzaga, había comentado: *Menos mal que Joseba se ha ido ya lejos, porque, si no, ya pronto le veríamos empatado con alguna de sus maracuchas*... Recordé las *soledades afectivas* de los años de mi encierro de Chapinero y el sabio consejo del P. Briceño.

Al amigo que me vino con el chisme le respondí (no recuerdo si en voz alta o si solo lo pensé): *más bien creo que las maracuchas han reforzado mi vocación*. No porque no me atrajeran o porque no eran *buen partido*, ¡tan simpáticas y tan cálidas ellas...! Es muy distinto ver a la mujer como la respuesta atractiva y adecuada a las propias necesidades –afectivas y sexuales– que, desde otras experiencias consistentes, descubrir la belleza de poder acompañarla, en respetuosa adoración de su singular vocación. ¿Soberbia espiritual?, ¿idealismo místico?, ¿alienación religiosa? Todo es posible... A la distancia de los años, no puedo sino recordar la anécdota con agradecida ternura.

Lógicamente, recordé mis soledades afectivas de Bogotá y el sabio consejo del P. Briceño; y, por supuesto, los Ejercicios Espirituales en Mérida después de mi primer año de magisterio, con el Viceprovincial P. Daniel Baldor. Para mí, su acompañamiento había sido clarificador. Por supuesto, no puedo sino sonreír al recordar que, cuatro o cinco meses antes de esos Ejercicios, empecé a dejarme crecer el pelo, para que, si decidía dejar la Compañía, en mi coronilla – el *cat-ass* (culo'egato) de la jerga jesuítica gringa– el pelo de la coronilla quedara emparejado con el resto cuando dejara la sotana...

Por supuesto, no terminó allí la historia de mis discernimientos vocacionales. Lógicamente, la vida presenta otras vidas, con sus nombres y apellidos –¡y con otros muchos atributos muy atractivos...!– y con sus conmovedoras historias y sensibilidades concretas e interpelantes. Pero, con variantes muy personalizadas, el esquema de mi joven discernimiento se fue repitiendo: la pasión por Venezuela como escenario y horizonte y el que llamaba más que la llamada misma como serena convicción. Eso sí, quedó firme en mí el agradecimiento y el cariño definitivo a las que comprendieron y respetaron mis discernimientos.

En Maiquetía, con rabia

Después de mis tres años de magisterio, en 1962 me habían destinado a estudiar teología en Roma. Iba a pasar, primero, quince días con mi familia.

No sé por qué, tuve que esperar como diez horas en el aeropuerto de Maiquetía... solo, ¡pero recuerdo bien que no aburrido!

Parecería lógico que mi imaginación estuviera adelantándose a los abrazos familiares, a mi reencuentro con Loyola, apenas a dos km de mi casa natal, a la fascinación de Roma a donde yo iba a llegar casi simultáneamente con los 3.000 obispos del mundo que iban a participar en el Concilio Vaticano II...

¡Pues no...! Mis pensamientos –¡sobre todo mis sentimientos!– eran más bien de rabia...: ¡cómo era posible que yo abandonara a Venezuela por cinco o seis años más, tan decisivos (¡creía yo!). ¿Me creía necesario para el país? No creo que mi soberbia joven llegara a tanto. Creo que era yo quien necesitaba una pasión así...

Mis tres años de magisterio en el Colegio Gonzaga de Maracaibo me habían resultado apasionantes. El espontáneo carácter maracucho y su *echadera de vaina* me habían conquistado. Y esa generación de jóvenes, que integraban su entusiasmo por una Venezuela posible y su espontánea sensibilidad ante los problemas de los pobladores de los barrios que visitábamos los sábados con el CEAS (Centro de Estudio y Acción Social), estaban dando su perfil a mi vocación de jesuita. Pero, sobre todo, la experiencia de *Los Cursillos*, con la cercanía afectiva y espiritual a una generación de jóvenes con los que soñábamos una Venezuela nueva y con justicia social daba sentido y horizonte a mi vida.

De hecho, a los pocos meses, la FCU de LUZ (Federación de Centros Universitarios del Zulia) fue la primera dirigencia universitaria en la que los explícitamente cristianos se imponían a los marxistas en Venezuela (por cierto con un judío, el turco Miguel Veimberg, como presidente); y, poco después, el Estado Zulia, tradicionalmente *adeco* hasta entonces, se convirtió en el gran baluarte socialcristiano en el país...

Y llegué a mi casa sin maleta...

Por fin me monté en el avión: se me imponía la mirada hacia delante. Siete años antes, necesité 28 horas y tres escalas de Madrid a Caracas; ahora, en ocho horas llegaba directo a Barajas. La subida al norte por los campos de Castilla en carro con unos amigos, se me hizo fascinante.

Ya en la estación de Zumárraga, se me aceleró el pulso, esperando al histórico tren del Urola: uno de los primeros trenes eléctricos de España, inaugurado por Alfonso XIII ocho años antes de mi nacimiento. Después de más de 7.000 km de vuelo, solo me faltaban 18 kilómetros –y ¡29 túneles y 20 puentes...!– para mi reencuentro familiar. Y apareció el tren, con su inconfundible balanceo (cómo no recordar el comentario de Sabino Eizaguirre, todavía de muchacho: *¡seguro que el baile del twist se inventó en el Urola!*).

Sobre todo, me sobrecogió –¡lo tenía olvidado...!– aquel largo *aaahhh...!!!* de la bocina de nuestro viejo tren. Cuando de niño pastoreaba las vacas en *Goiko Zelaye*, ese lamento a su paso por Azpeitia hacia el mediodía era la señal para empezar a retirar las vacas hacia el caserío. Con el estremecimiento que me produjo esa bocina, me sentí tan arrobado que me monté en el tren... dejando la maleta en el andén. ¡Y allí quedó...! Menos mal que en una de las sacudidas del tren me acordé que me había dejado la maleta en la estación, y que el *interventor* (el supervisor que picaba los tickets) fue comprensivo con mi despiste: al día siguiente estaba la maleta en mi casa...

El pudor vasco

Dicen que los vascos –especialmente los *baserritak* (campesinos)– somos demasiado pudorosos en la expresión de los sentimientos...

Yo había anunciado a mi familia que iba a llegar el domingo en la mañana. Por razones que no vienen al caso, llegué el sábado al anochecer. En casa estaba sola mi abuela: ¡tremendo susto! Lógicamente, lo primero fue prepararme la cena: una tajada del jamón serrano y un trozo del chorizo que colgaban en el techo de la cocina y un par de huevos fritos, con vino... Al rato llega mi padre. Por supuesto, se sorprende: *Coño, aquí no tenemos ninguna necesidad de ti... te pues regresar por el mismo camino por el que has venido...* Y salió de la cocina: pensé que iría a dar de comer a las vacas... Al rato, vuelve y me deja junto a mi plato una hermosa pera: *estaba en el suelo: a lo mejor te gusta...* ¡Seguro que desde unas semanas

antes tenía avistada en el jardín esa pera, que decidió que estaría madurita en su punto para cuando yo llegara...!

Recordé esa anécdota unos siete años después. Yo estaba dirigiendo un Cursillo en Puerto La Cruz. Una joven me pidió una conversación: un muchacho parecía muy interesado en ella... tal vez enamorado...; pero le decía cosas duras, hasta feas: no sabía que pensar... Yo le dije que a veces, por un cierto pudor, decimos lo contrario de lo que queremos expresar. Y le conté la anécdota de mi padre, cuando regresé después de mis siete años en Venezuela. A la muchacha se le pusieron los ojos graaaandes...: *¡el muchacho es vasco...!*

Moliendo café... en Europa

Después de disfrutar intensamente quince días con mi familia, camino de Roma, hice mis Ejercicios Espirituales en Manresa. El Director... bueno, todos éramos todavía preconciarios, pero no sé si él se había enterado del Concilio de Trento. Un día nos hizo una angustiosa confidencia: se había enterado de que una comisión del Vaticano estaba haciendo consultas sobre la conveniencia de que el uso de la sotana no fuera obligatorio para los sacerdotes y religiosos... *Dios mío, adónde vamos a llegar: cuanto mejor aquella santa costumbre de, al acostarnos, poner la sotana en la cama a la altura de los pies en forma de una M que nos recuerda a María y dormir con los brazos cruzados sobre el pecho...*

Ya en Barcelona, vi por la televisión la inauguración del Concilio, y a las 3:00 pm tomé el tren para Roma. Hacia la madrugada, me despertaron los martillazos de los empleados de la estación de Montpellier para verificar que la ruedas del tren no se habían aflojado... y uno de ellos iba silbando... *Moliendo Café*. Unas tres semanas más tarde, en una *gita* a Nápoles, entramos en una *trattoria* para almorzar: un cuarteto, con sus guitarras, cantó también el canto de nuestro Chelique Saravia: ¡caray, como que Venezuela suena también en Europa...!

De colado en el Concilio

Llegué a Roma al día siguiente de la inauguración del Concilio. Lógicamente, era la noticia de las portadas de todos los periódicos. La que suscitaba más sonrisas, muy *alla italiana*, traía una fotografía de Claudia Cardinale en medio de los cardenales que salían de San Pedro: *Cardinale tra i cardinali!!!* Era comprensible que la emergente actriz, no podía dejar pasar la oportunidad para exhibir entre *Sus Eminencias* sus propias eminencias emergentes, por supuesto castamente cubiertas como correspondía al tiempo y lugar...

Como que también a mí mismo me resultó fácil acomodarme *allo stile italiano* para colearme en el aula conciliar. Los organizadores del Concilio habían pedido voluntarios entre los seminaristas y jóvenes religiosos como asistentes o auxiliares en el aula conciliar. En la tarjeta o *tessera* que identificaba como tal a un seminarista gringo –todavía recuerdo su nombre, John Stern–, el sello no tocaba su fotografía: ¡qué buena oportunidad! Con su nombre y mi fotografía, no tuve

problema para entrar de curioso al aula conciliar, la majestuosa basílica de San Pedro.

El tema del día era **la formación del sacerdote hoy**. ¡Qué bueno que iban a hablar... no sé si sobre mí o para mí! Los primeros que intervinieron fueron los cardenales más señalados como agresivos tradicionalistas: Ottaviani, Siri, Rossi... Los tres coincidían: *¡hay que volver a Santo Tomás! Hoy nuestros seminaristas y sacerdotes jóvenes estudian mucha sociología, psicología, economía, ciencias políticas... y, claro, entran en crisis y abandonan el sacerdocio*. Les siguió en la palabra el Cardenal Leger (expresión de su calidad cristiana fue que, al terminar el Concilio, renunció a su sede de Montreal, y se fue de enfermero a un país africano). Inició su intervención también con un *¡hay que volver a Santo Tomás!... Así como el aquinate supo recoger y asimilar el pensamiento de Aristóteles y de toda la filosofía griega, de Averroes y de Abentofail de Guadix y de los teólogos medievales europeos, para sistematizar su propio pensamiento, el sacerdote de hoy día tiene que estudiar las ciencias y el pensamiento de nuestros tiempos y hacer su propia síntesis teológica y espiritual...* Un trueno de aplausos llenó la basílica... Y eso, que la semana anterior habían prohibido los aplausos en el aula conciliar... ¡Desobedientes ellos...!

El Papa bueno...

El colegio del Gesù, donde yo viví mis cuatro años de teología, integraba la casa y las *camerette* donde había vivido y muerto Ignacio de Loyola. Caminando, se llegaba en 20 minutos al Vaticano. Lógicamente, con frecuencia, íbamos los domingos hasta la Plaza San Pedro, a rezar el Ángelus y escuchar las palabras del Papa.

Cuando el Concilio llevaba como un par de meses, empezaron a llegar informaciones alarmantes. El primer esquema que se discutió, sobre la Divina Revelación, preparado en la Curia vaticana, había sido rechazado por el plenario del Concilio. Se hablaba incluso de la posibilidad –no faltó quien hablara de la probabilidad– de un cisma en la Iglesia.

Un domingo –buen tiempo para caminar y mucho interés en lo que pudiera decir el Papa en esos momentos– llegamos a la Plaza San Pedro. Abrió la ventana el tan querido y amado Jun XXIII: *Figlioli miei... Por ahí como que dicen que el pobre Papa no debe dormir con las preocupaciones de lo que discuten ahí abajo (y señaló la basílica). Sepan que el Papa que ustedes tienen duerme bien, como campesino de Sotto il Monte, porque sabe que el que dirige la Iglesia es el Espíritu Santo, que quiso que convocáramos el Concilio...* ¡Bello testimonio de fe que me conmovió de verdad!

Durante todo ese mi primer año de teología, fueron no pocas las experiencias conmovedoras vividas en cercanía al papa bueno, a las eminencias jerárquicas y a connotados teólogos. Sin duda, la experiencia que más me conmovió, y que me sigue conmoviendo cada vez que la recuerdo, fue la última, la de su muerte. Era un cálido atardecer de comienzos de verano (3 de junio de 1963). No recuerdo qué cardenal fue el que invitó a una misa, cerquita del Papa, en la plaza del Vaticano,

que prácticamente se llenó. Al terminar, ya de noche, parecía que nadie quería irse. Como siguiendo consignas, que nunca existieron, nos manteníamos en grupos alrededor de numerosos transistores que actualizaban informaciones, y con frecuentes miradas a la tibia luz de la ventana del papa moribundo. De pronto, se prendieron luces fuertes en la ventana: *Ha muerto el Papa*, dije en voz alta. Todos nos pusimos a mirar a la ventana del papa y acercamos el oído a los transistores. En efecto, antes de un minuto se escuchó en la radio: *Ha muerto el Papa*. Y todos los grupos, a la vez, como si acataran una orden, se arrodillaron en silencio... ¡Todavía se me humedecen los ojos al recordarlo!

Completando mi formación

Ciertamente, fui un privilegiado al poder hacer mis cuatro años de teología coincidiendo con las cuatro sesiones conciliares que acontecían apenas a tres km de mi casa con tantas oportunidades de escuchar de cerca las palabras de sus eminentes protagonistas. Y en la Gregoriana, con un cuerpo de profesores sin duda de lo mejor del mundo.

Solo quiero mencionar una anécdota, que puede sonar a picaresca clerical, pero que creo que tiene sentido a la distancia de 55 años en estos tiempos en los que vemos al papa Francisco tan empeñado en revivir el espíritu –y acoger al Espíritu– que se manifestó en el Concilio. Un jesuita gringo, que estaba haciendo su bienio de posgrado en teología, operativizó unos indicadores para medir hasta qué punto cada obispo participante en el Concilio había comprendido lo que el tesista definió como lo verdaderamente nuclear en el Concilio. El resultado de la encuesta pasada fue que **solo 12,5% de los obispos participantes en el Concilio habían entendido de verdad su novedad histórica...**

Y concluyo brevemente mi *memoria* romana. Cuando estaba yo preparando mi último examen de teología (el *ad gradum*, un examen oral de dos horas con cuatro profesores que te bombardeaban de preguntas sobre las materias vistas en los tres años de Filosofía y los cuatro de Teología), me visitó el P. Manuel Aguirre y me pidió que le consiguiera una entrevista con el P. Díez Alegría, sin duda el más prestigioso experto en la *Doctrina Social de la Iglesia*. Para mí fue conmovedor ver a Manuel, con humildad de novicio, preguntando al experto sobre la *propiedad comunitaria* o sobre *socialismo cristiano* o la *izquierda cristiana* de sus amigos de Caracas, fundamentalmente jóvenes copeyanos...

Por supuesto, Manuel me invitó a acompañarle en sus Cursos de Capacitación Social en Venezuela... En efecto, después de seis meses en mi Tercera Probación (en *Saint Beuno's*, Norte de Gales), me incorporé a su movimiento en cuyo primer curso había participado yo siete años antes.

Después de año y medio apasionante recorriendo el país con los cursos –que ahora se llamaban de Fragua, por el nombre de la casa-sede en Los Chorros al este de Caracas–, empecé mis estudios de Sociología en la Universidad de Deusto en Bilbao. Hice parte de la primera promoción de sociólogos graduados en España: hasta entonces, la dictadura de Franco no permitía tales estudios ¡que terminaban formando comunistas...!

El Centro Gumilla, la experiencia central en mi vida

Mi reincorporación

En febrero del 72 regresé a Venezuela, al Centro Gumilla. Yo había sido uno de sus miembros fundadores; de hecho, Micheo y yo fuimos sus dos primeros inquilinos.

Recuerdo la primera noche: acababa de llegar con mi Volkswagen, a media tarde, de un cursillo en Maracaibo a la residencia San Francisco, donde hasta entonces vivía. Me encontré con todas mis pertenencias metidas en mi maleta... en el pasillo: ¡necesitaban mi habitación para un visitante y sabían que yo me iba a mudar...! Llamé a Micheo a la UCAB: él estaba listo para la mudanza. Llegamos a nuestra nueva sede en El Paraíso...

Tomamos conciencia de que era un momento histórico: iba a nacer el Centro Gumilla. Había que celebrarlo, pero no teníamos con qué. De pronto, recordé que, al trasladar la biblioteca del P. Manuel desde Fragua, había trasladado también dos botellas de vino francés que le habían regalado unos amigos, que yo había vuelto a dejar escondidos detrás de los libros más gruesos. Por supuesto, destapamos una de ellas: ¡un pecado muy pequeño para un momento tan grande! Y, también por supuesto, una amplia sonrisa de Manuel al día siguiente fue una *absolución* de calidad...

Un Gumilla agitado

A mi regreso de Bilbao, me encontré al Gumilla –por decir lo menos– bastante *agitado*. Estaban recientes en Caracas la toma de Santa Teresa¹, la devolución a Puerto Rico desde Maiquetía del P. Freixedo² y la expulsión del país del P. Wuytack³, tres casos en los que los *Comentarios* de SIC estaban bastante lejos de las interpretaciones de la jerarquía eclesiástica y del gobierno socialcristiano de Rafael Caldera, quien tenía al P. Manuel Aguirre como su inspirador y consejero. Uno de los *Comentarios* publicados en SIC decía: *triste actuación de un gobierno demócrata-cristiano, muy poco democrático y mucho menos cristiano...*

Apenas tres meses después de mi reincorporación al Gumilla, el SIC de mayo del 72 estuvo dedicado a una evaluación de los ***mil días de gobierno*** del presidente Caldera. Tres ministros del gabinete –sin duda, decisión de Caldera– se

¹ El 15.6.69, un grupo de jóvenes, con la identidad *Pueblo de Dios en marcha*, irrumpió en la Basílica de Santa Teresa y quitó el micrófono al Párroco para reclamar los cambios que se soñaron con el Concilio, concluido apenas cinco años antes.

² El jesuita gallego Salvador Freixedo, autor del Libro *Mi Iglesia duerme*, fue devuelto a Puerto Rico: era de suponer por petición de la Iglesia de Caracas al gobierno socialcristiano.

³ El cura belga Francisco Wuytack, junto con ocho jóvenes del grupo *Para Cristo*, se habían encadenado a los barrotes del Congreso Nacional para protestar contra la eliminación del Plan de Emergencia de Larrazábal, que subvencionaba a los desempleados (se estimaba que solo en La Vega había 4.000 jóvenes sin empleo). Wuytack fue expulsado del país. Un centenar de curas, con sus sotanas (algunos ya de *clergy*) protestaron por las calles del de Caracas, acontecimiento insólito en la historia del país.

autoinvitaron a una cena con nosotros, para decirnos, eso sí, *muy correctamente*, que no teníamos información suficiente y apropiada y que teníamos que conversar para que fuéramos más objetivos... De hecho se tuvo una reunión con el ministro Fernández Heres y otros técnicos de su Ministerio de Educación en un almuerzo en el Hotel El Conde. No pudieron desmentir la evaluación de SIC... y no hubo más reuniones.

Unos meses después, estalló *la crisis de la Católica*: fueron expulsados de nuestra universidad 22 estudiantes y 8 profesores (tres de ellos jesuitas, de los cuales dos eran compañeros míos en el Gumilla). Comprensiblemente, los medios de comunicación interpretaron el conflicto como una pelea entre jesuitas progresistas y conservadores; el contexto, nacional e internacional, era más complejo: basta recordar que eran los tiempos del *mayo francés*... y de los *100 años de soledad*.

Para mí, empezaban años privilegiados de maduración humana, espiritual y teológica. Aunque mi vida espiritual había madurado, por supuesto, quedaban muy lejos mis prácticas religiosas de muchacho, y mi devoción de novicio en el marco de una *teología de la restauración*⁴. También empezaba a mostrar sus grietas mi *teología de la nueva cristiandad*⁵, que había suscitados mis entusiasmos en mis descubrimientos de Venezuela y en las novedades de mi cercano Vaticano II. E iba haciéndose mía la experiencia de la Iglesia en Medellín, seguida de la primera sistematización de la *Teología de la Liberación*⁶ de Gustavo Gutiérrez, y otros muchos aportes de reflexión y análisis que nos iban llegando. Por otra parte, el reciente equipamiento intelectual de mis estudios de sociólogo recién graduado me acercaba a una comprensión más estructural de la injusticia social y del mundo de los pobres.

Por supuesto, estas *confesiones* que estoy haciendo no pretenden justificar nuestras opciones y posicionamientos en esos momentos conflictivos cercanos a nosotros sino *contar lo que uno recuerda y como lo recuerda*.

Centroamérica... y un buen regaño del Espíritu Santo

Más allá de nuestras pequeñas tensiones cercanas, se nos imponían con fuerza los gravísimos conflictos de los países centroamericanos en los que los jesuitas – muchos de ellos, compañeros y amigos muy cercanos– estaban intelectual y vitalmente implicados.

Sin duda, la Revolución Sandinista, con sus sueños y bellezas, y también con sus perversas deformaciones posteriores, trascendía los límites del hecho sociopolítico

⁴ En breves rasgos de caricatura, Dios, ante todo, es la verdad; la Iglesia es la depositaria de esa verdad; el mundo se salvará en cuanto acepte esa verdad...

⁵ También simplificando: Dios, ante todo, es creador, que ha creado al hombre con capacidad creadora para que continúe su creación, construyendo una sociedad justa y fraterna.

⁶ Concluyendo con las simplificaciones: Dios, ante todo, es el que escuchó el clamor del pueblo judío en su esclavitud de Egipto y que inspiró y le acompañó en su proceso de liberación,, y sigue invitando y acompañando a nuestros pueblos latinoamericanos.

nicaragüense. El grupo de jesuitas de *Bosques de Altamira* en Managua, comunidad hermana de la del Centro Gumilla, sin duda aportó mucho al proceso revolucionario nacional; pero no menos a la reflexión teológica nacional, con incidencia internacional. La tesis de que *entre cristianismo y revolución no hay contradicción* suscitó muchos entusiasmos; también ambigüedades que requerían discernimientos.

Para no alargarme, solo menciono dos experiencias que acogimos como significativas: 1) los EE.EE., con el liderazgo de los PP. Elizondo y Ellacuría, tomando como sujeto de esos Ejercicios a la Provincia Centroamericana, y 2) el discernimiento espiritual, con la participación del P. Arrupe, sobre la Revolución Sandinista: *Esta no es el Reino de Dios; pero hoy el Reino de Dios pasa por apoyarla; pero hay que seguir renovando el discernimientos en los próximos meses y años...*

En Guatemala también se vivieron graves acontecimientos –con mucha menor resonancia internacional– como el *genocidio maya* de El Quiché. Hechos que virtualmente llevaron a muchos jóvenes a integrarse a la guerrilla, acompañados de dos –hasta entonces– jesuitas que entendieron que en conciencia no podían dejar de acompañarlos. Especialmente dramáticas fueron las desapariciones de dos jóvenes jesuitas: la del español Carlos Pérez Alonso (del que ya no se supo más) y la del guatemalteco *el cuache* Pellecer, que reapareció después de 113 días... con el *cerebro lavado* (caso de investigación de interés mundial). Por cierto, dos meses antes de su secuestro, El Cuache había estado en Caracas y yo había tenido con él una larga conversación.

A nosotros, sin duda, nos afectaron más los acontecimientos de El Salvador. El primer gran impacto para nosotros fue el asesinato de Rutilo Grande (12.3.77). Había hecho su noviciado en Caracas, hombre tímido y sencillo, nada radical ni ideologizado, muy cercano a sus campesinos de Aguilares, en El Salvador. Lo asesinaron, junto con dos campesinos, cuando iba a celebrar una misa en las fiestas patronales de su pueblo natal, El Paisnal, a pocos kilómetros de su parroquia. Su *delito* fue, sin duda, la conmovedora homilía, un mes antes (la publicamos en el SIC de abril siguiente), en la que denunciaba la expulsión del país del sacerdote colombiano P. Mario Bernal, muy querido por los campesinos de *Guazapa: es peligroso ser cristiano en nuestros países... Me atrevo a decir que, si Jesús de Nazaret bajara hoy de Chalatenango a San Salvador con sus prédicas, no llegaría, lo detendrían allí, a la altura de Guazapa y, ¡a la cárcel con él!, lo acusarían de revoltoso, de judío extranjero, de enredador de ideas extrañas contra la democracia... ¡lo volverían a crucificar!*

En los cuatro años siguientes –¡y hasta nuestros días...!–, la figura noticiosa que iba a tener resonancia mundial era Mons. Oscar Arnulfo Romero. En esos años, nosotros teníamos comunicación frecuente y cercana con nuestros compañeros centroamericanos. Estábamos convencidos de que el nuevo Arzobispo de San Salvador tenía que ser el salesiano Mons. Rivera y Damas (quien sustituyó a Romero después de su martirio). Sabíamos de Romero, que era hombre bueno, muy centrado en sus celebraciones litúrgicas pero socialmente muy poco comprometido... y que era el candidato del Presidente (por cierto, también de

apellido Romero), de los militares, de la famosas “catorce familias”, prácticamente dueñas del país...

Por supuesto, los comentarios entre nosotros después de su elección, sin duda, fueron duros contra el Papa y contra los sistemas curiales para el nombramiento de los obispos. Incluso las primeras expresiones del conmovedor proceso interior que Mons. Romero empezaba a vivir –que los fuimos conociendo posteriormente– las empezamos a interpretar como astuta demagogia.

Ciertamente, el ir conociendo –por información privilegiada que nos iba llegando de nuestros compañeros centroamericanos– los procesos interiores de este hombre de Dios han significado en mi vida personal y en mi identidad institucional un gozoso regaño del Espíritu de Dios... ¿Hay algo en la vida más profundamente bello que un regaño con ternura? Yo creo que todo bien nacido empieza a hacerse persona por los regaños con ternura de su madre y de su padre... Como que algo de eso ocurre también en la vida espiritual del que quiere seguir el camino de Jesús con su Espíritu.

Pero seguíamos en Venezuela

Ciertamente, las pequeñas tensiones y conflictos que vivíamos en Venezuela eran apenas unas experiencias *en letra pequeña* ante lo que vivían nuestros hermanos centroamericanos. Pero, sobre todo, eran experiencias vividas en la cercanía y cotidianidad afectiva e intelectual del grupo de jóvenes teólogos (Trigo, Ortiz Wyssenbach) que acababan de integrarse al Centro Gumilla, al igual que la de otros algo más veteranos (Micheo, Galdeano, Baquedano, Arrieta, Martínez de Toda) y otros algo posteriores (Ugalde, Vilda, Castillo), hasta los más jóvenes (Arturo Sosa y Joseíto Virtuoso); por supuesto, mención especial merece la calidad humana y espiritual de los Hermanos Avendaño y Salegui.

Por otra parte, con muy pocas excepciones de algunos jesuitas más distantes y hasta críticos, sentíamos muy cercanos a la gran mayoría de los miembros de la Provincia jesuítica. La jerarquía eclesial, por su parte, con pocas excepciones, en general fue respetuosa de nuestros análisis y posicionamientos. Y la vida consagrada agradecía nuestros aportes, tanto en escritos como en charlas, retiros y Ejercicios Espirituales.

Es de destacar en esos años la creciente incorporación de laicos –incluso de no pocos distantes de nuestra fe cristiana– tanto en colaboraciones escritas en SIC como en otras actividades del Centro Gumilla. Vale la pena nombrar el Seminario Venezuela, que por un par de años fue reuniendo a intelectuales de fuerte incidencia técnica y política en el país –aun con posicionamientos políticos divergentes– o los dos congresos de la Sociedad Civil celebrados en la UCAB, con el apoyo y participación de la Conferencia Episcopal.

Mi participación en el grupo en esos años, aparte de ocasionales artículos en SIC –apenas uno o dos artículos anuales en mis 26 años en el Centro Gumilla– y algún folleto de formación, fue básicamente de apoyo a la producción intelectual del grupo, como jefe de redacción de SIC y como diseñador gráfico y editor de la revista y de los folletos... Me hizo bien, también, dirigir unos Ejercicios Espirituales

a religiosas, por lo menos una vez al año. Y en esos años empecé mis misas dominicales en el barrio Las Mayas.

No puedo dejar de mencionar el privilegio de haber sido el primer secretario o coordinador nacional del Sector Social en Venezuela, que me dio la oportunidad, sabrosa y enriquecedora, de compartir con colegas latinoamericanos en Bogotá, México, Santiago de Chile, Sucre, Managua, Matanzas, Santo Domingo...

Puedo dar fe de que en mis 26 años en el Centro Gumilla me sentí muy feliz, profundamente identificado con el equipo humano y con su misión, desde una plataforma privilegiada para acompañar a nuestro pueblo venezolano.

Fe y Alegría... el regalo de mi vida

Un destino sorpresivo

De pronto, Arturo Sosa cambió mi vida. Muy joven, se había incorporado a mi comunidad. Después, como superior religioso dirigió nuestro discernimiento comunitario que culminó con el abandono de nuestra casona de Santa Mónica y y en la ubicación actual del Centro Gumilla (yo le sustituí como superior de la comunidad Manuel Aguirre). De provincial –y, por supuesto también ahora, de General– se tomó muy en serio los discernimientos espirituales. Hoy, en la Compañía, lo habitual es que los destinos se den en procesos de discernimiento compartido.

Pues, no fue así mi destino a Fe y Alegría: *formalmente*, fue ¡**brutal**...! Bajábamos las escaleras del Centro Gumilla... Me tomó del brazo y me dijo: *Como decían ustedes en sus tiempos, he pensado delante de Dios que tienes que dejar el Gumilla y pasar a ayudarlo a Orbegozo: Fe y Alegría se está haciendo muy grande y Chuchín necesita la ayuda de un asistente de confianza.*

Por supuesto, entendí perfectamente el mensaje de Arturo de **confianza en mí**: lógicamente, la *forma* o el *estilo* me hizo recordar aquellas palabras, que podían sonar duras, de mi padre la primera vez que regresé de Venezuela...

Mi primer trabajo en Fe y Alegría fue casi la continuación de lo que yo hacía en el Gumilla. Tenían los borradores de la historias de cada FyA nacional. Revisé, corregí, ordené todos esos materiales y diagramé el libro ***De la chispa al incendio. La historia y las historias de Fe y Alegría***, de 384 pp. El primer capítulo, correspondiente a Venezuela, fue un buen trabajo del jesuita historiador de la Dominicana José Luis Sáez. Para mí, ese trabajo fue la mejor introducción al movimiento que empezaba a conocer (hasta entonces, mi conocimiento era muy superficial, con aprecio distante).

Más apasionante fue recorrer todo el país, sentir de cerca la calidad humana y la vocación educadora de nuestra gente y experimentar la musculatura institucional del Movimiento. Descubrí –¡es de justicia reconocerlo!– el trabajo sistemático realizado por Orbegozo, calladamente, en los años de la paternal –por no decir maternal– Dirección Nacional de José Manuel Vélaz. Estoy convencido de que Orbegozo fue para Vélaz y para Fe y Alegría algo parecido a lo que fue el P.

Rivadeneira para San Ignacio y para la Compañía naciente (papel parecido cumpliría, también, como tercer Coordinador de la Federación Internacional de Fe y Alegría).

Nueva sorpresa: Ecuador

Cuando llevaba yo casi siete años en FyA Venezuela, nombraron a Orbegozo como Provincial de Venezuela. Me llamó a su oficina, y me planteó: *creo que tú debes hacerte cargo de la Dirección Nacional de FyA Venezuela. Muy bien, le respondí, muchas gracias: me hace crecer mi autoestima... Ahora, en serio, ¿quién puede ser la persona apropiada?* Los dos coincidimos en que debía ser Aristorena, *El Piedra*.

Unos meses después, ya como provincial, me llamó a su oficina: *En Ecuador necesitan un Director Nacional para para FyA; creo que puedes ser tú... –Pero, Chuchín, ¿no quedamos en que yo no servía para eso? –Bueno, yo reconozco lo que tú dices, pero tú tienes muchas otras cualidades muy apropiadas para esa misión. Tómame una semana para pensarlo... –Me sobra la semana, veo claramente que yo no soy para eso... –Vamos a hacer una cosa: vete un mes a Ecuador, y recorres el país, como quien simplemente quiere conocer esa FyA; después decides. –Peor todavía: perdería mi libertad para decidir. –Entonces, ¿qué? –Ah, ese es un asunto tuyo... tú eres el Provincial. –Entonces, ¿llamo a Ecuador? –Sí, llama.*

En efecto, llamó, y le atendió directamente el Provincial ecuatoriano (se ve que estaba esperando la llamada): *Federico, ya tengo al candidato: es el P. Joseba Lazcano*. Y, a la semana, estaba yo en Quito.

Después de un año, con la excusa de los Ejercicios Espirituales y para no perder el contacto con mi Provincia, regresé. Yo sé que más de uno de mis compañeros le habían criticado al Provincial por haberme enviado a Ecuador, ya viejo de 70 años y sin experiencia de gestión de una institución importante. Lógicamente, su pregunta de *cómo te va esas tierras ecuatorianas* era expresión de un interés muy real. Mi respuesta fue: *pues, Chuchín, me va muy bien... precisamente porque es verdad lo que yo te decía: que yo no sirvo para eso. Tengo un equipo muy bueno que sabe lo que tiene que hacer... y para mí es un lujo acompañarlos*.

Por otra parte, si Ecuador es un privilegiado país turístico en su diversidad de Sierra, Costa y Amazonía, no menor lujo era sentirme tan cálidamente acogido por nuestro personal y por las comunidades barriales, campesinas e indígenas en más de ochenta bellos proyectos educativos del país.

Cuando Orbegozo me envió a esa misión, hizo firmar al Provincial ecuatoriano que yo era un préstamo por tres años. Para ese momento, yo estaba muy enfrascado en las negociaciones en diversas instancias gubernamentales para conseguir un convenio con el Estado para el financiamiento de la educación de FyA, como se estaba dando en otros países.

Rafael Correa, de niño, había sido compañero y amigo de dos hijos del primer Director de FyA en Guayaquil, Luis Latorre, y con ellos había vendido boletos de la histórica Rifa de FyA...: eso, ¡como que imprime carácter! Como es lógico, sus

hijos, los hermanos Latorre, profesionales muy cualificados, colaboraban muy de cerca con el presidente Correa. Por eso, siempre conté con acceso cercano a la presidencia. Recuerdo que más de un funcionario del Ministerio de Educación me confesaron: *Padre, yo tengo que atenderle bien, porque usted tiene palanca allí arriba...*

Cuando le invité a Correa a dirigirme unas palabras a los participantes en el *XLI Congreso Internacional de Fe y Alegría* que celebrábamos en Quito (noviembre 2010), aceptó con gusto y nos dio –de cosecha propia– un bello testimonio de 15 minutos de aprecio por FyA, y nos acompañó por casi dos horas conversando y haciéndose fotos con los delegados internacionales. Al día siguiente, en su programa semanal de TV, hasta echó algún piropo a ese *jesuita venezolano que se ha hecho ecuatoriano...*

Los dos provinciales venezolanos de esos años respetaron siempre mi compromiso ecuatoriano, pero siempre me recordaron que yo era de Venezuela.

De regreso en Venezuela

Y, a los siete años, regresé a Caracas, con un profundo agradecimiento al equipo que me acompañó con comprensión, afecto y lealtad, y con cariño definitivo a mi FyA Ecuador y a tantos ecuatorianos que sentí cercanos y aprecié de verdad. ¡Tremendo regalo en mi vida!

A mi regreso a Venezuela, el Provincial Arturo Peraza me planteó que consideraba que FyA era nuestra obra más importante, que dejaría de ser lo que es si perdiera su identidad y espiritualidad, que esa era mi fortaleza más importante y en este momento más necesaria en el movimiento. Fueron las palabras que más a gusto he escuchado en mi vida a un superior... Por otra parte, yo estaba convencido de que las responsabilidades directivas debían ser asumidas por gente más joven. Y mis nuevos directivos me aceptaron la propuesta de *acompañar* a FyA.

En mi primer año de regreso en Caracas, me resultó muy satisfactorio acompañar muchas instancias del Movimiento (centros, zonas, programas, etc.). El Centro de Formación e Investigación Padre Joaquín (CFIPJ) de Maracaibo elaboró unas guías didácticas con referencia al librito que yo acaba de publicar: *Fe y Alegría, un movimiento con Espíritu* (154 pp.). Todo el personal de FyA dedicó una mañana al mes a esa guías. Lógicamente, fueron muchas las invitaciones que fui atendiendo por todo el país.

Después, aunque agradecía la libertad que me daban para dedicarme a lo que me pareciera conveniente –y eran no pocas las demandas que tenía que atender–, empezaba a sentir un cierto vacío al quedarme al margen de la vida cotidiana del movimiento. Decidí meterme en el archivo de FyA.

Creo que, probablemente, lo más productivo institucionalmente hubiera sido dedicarme a ordenar todo con unos criterios claros y definidos (¡sigue quedando mucho trabajo por hacer...). Confieso que me dejé llevar por otras tareas que me atrajeron más, como el rescate de muchos escritos desconocidos de Vélaz –no

poco de ellos, reflexiones manuscritas—, que iba descubriendo en el desorden del archivo.

Además, me permitieron —y me permití— dedicarme a escribir y publicar algunas cositas que sentí que podía y debía hacerlo: ***Podemos escribir mejor. Criterios de ortografía y puntuación***, un folletito de 44 páginas, con unos apuntes que había tomado en los años en los que fui Jefe de Redacción de SIC; ***José María Vélaz, jesuita. Pasión, conflicto y lealtad***, de 60 páginas; y ***Sembrando esperanza. 100 años de los jesuitas en Venezuela***, de 342 páginas. Reconozco que este último trabajo me resultó especialmente satisfactorio: en primer lugar, me sentí confirmado en la intuición de que en este momento era necesario un *relato familiar*, más que una historia profesional —por supuesto también necesaria—; pero, sobre todo, para sentir mi propia vida haciendo parte de una historia más amplia y bella.

Viejo feliz...

Tal vez puede sonar un poco obscuro; pero siento que debo reconocerme... no sé si como **viejo** (¡a mis 85 años!), pero ciertamente sí como **feliz**. No es mi estilo vital entrar en filosofías profundas sobre la vida, y sobre la felicidad y sus caminos. Sí me atrevería a decir, con la Escolástica, que la *causa final* de la condición humana es **la felicidad**: sí, es una realidad este valle de lágrimas; pero **¡Dios nos hizo para que seamos felices!**

En aquellos tiempos de nuestra formación como jóvenes cristianos, la felicidad había que *comprarla* con el ejercicio de la ascética cristiana, con su trasfondo de estoicismo greco-romano: ¡uno hacía méritos para llegar a la felicidad! (¡tiempos aquellos de ***El joven de carácter*** de Tihamér Tóth!).

Creo que en esa escuela voluntarista he sido alumno rezagado. Más bien se me ha dado experimentar la propuesta de Jesús de Nazaret de que el Reino de Dios es un tesoro escondido que, sí, hay que buscarlo... pero que, sobre todo, ¡nos es dado!

En estos tiempos de la Venezuela fallida...

Muchas veces he pensado que, si Dios me hubiera dado a escoger en qué sitios y en qué tiempos quería vivir mis ochenta y tantos años de vida en el mundo, sin duda alguna escogería los mismos que se me han dado; pero, eso sí, si en mis primeros 55 años en Venezuela hubiera sabido lo que iba a acontecer en estos últimos 20 años, no sé cómo habrían sido esos 55 años...

Sin embargo, cuando me preguntan cómo estoy, me sale responder: yo, **con el perdón del país**, *estoy muy bien: siento que estoy viviendo los años más sabrosos de mi vida.*

A mí, a nosotros, no nos falta nada: comemos completo y bien, nuestras necesidades están bien cubiertas. Ciertamente, la solidaridad internacional entre los jesuitas es una bella realidad. De hecho, los jesuitas de otros países –¡hasta de Rusia y Corea...!– nos envían ayudas para que podamos seguir con nuestras obras y trabajos. Pero es muy doloroso vivir cerca del hambre, viendo tanto sufrimiento, frustración, impotencia, dolor: y eso, en gente muy cercana; amigos y amigas con quienes hemos compartido –y seguimos compartiendo– cariños, sueños, proyectos, trabajos...

Sin embargo, a la vez, mis relaciones personales, cercanas y cotidianas –esas que, en definitiva, me constituyen como persona– me hacen vivir las experiencias de más gozo y alegría en mi vida: los jóvenes jesuitas con los que vivo, la gente de mi Fe y Alegría –la de las oficina y la de los centros educativos: verdaderos héroes de la resistencia–, mi gente querida del barrio Las Mayas, la gente que me busca o con la que me encuentro... Cuanta gente que, aun en medio de sus necesidades, muchas veces extremas, no solo no se echan a morir, sino que mantienen su alegría y su esperanza –*¡necesitamos el coraje de la esperanza!*, repetía el P. Vélaz– y hasta ayudan a quienes ven en situación peor, con un sencillo “yo creo en Dios”... y *echan pa’lante*... Creo que para mí esto me está resultando la experiencia humana más profunda de mis 85 años.

Acompañando a los jóvenes jesuitas

A mi regreso de Ecuador, aterricé en mi Fe y Alegría Venezuela. Como regalo adicional me propusieron que, como comunidad de vida, acompañara a los jóvenes jesuitas que, terminado su noviciado, están en sus estudios de Filosofía. Bueno, creo que son ellos los que me acompañan... y consienten.

En esa etapa de formación, estos *filósofos* son como diez años más maduros de lo que éramos nosotros cuando estudiamos Filosofía (la mayoría de ellos rondan los 30 años). Su sensibilidad de jóvenes-maduros de hoy, sus mundos familiares de la actual Venezuela, su respetuosa y agradecida acogida a las generaciones que les hemos precedido y sus proyectos de vida en construcción son para mí un lugar privilegiado para mirar mi vida, más allá de mis pequeñeces e inconsecuencias, con verdadero gozo, y sentir que Dios me puso en unos tiempos y en unos lugares privilegiados.

Las Mayas, mi querencia

Hace casi 50 años empecé a ir todos los domingos al barrio Las Mayas. Iba a *decirles la misa*, como un compromiso coherente con mis opciones religiosas del

tiempo. Hoy, *me siento a gusto con mi gente*, compartimos acontecimientos y cariños, celebramos la vida –¡nuestra gente siempre tiene algo que celebrar!– y, por supuesto, escuchamos la palabra de Dios y celebramos nuestra comunión. Ellos, como la cosa más natural, interrumpen mis reflexiones y aportan su palabra. ¡Cuántas veces recuerdo el gozo de Jesús en Lc 10,21: *Gracias, Padre, que estas cosas, ocultas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla!*

Incluso, creo que ellos han cambiado en mí la actitud al preparar la homilía: antes, me preguntaba qué les puedo o debo decir a partir del texto evangélico (en el fondo, buscando quedar bien ante ellos y ante mí mismo); hoy me sale más espontáneamente, con el corazón de rodillas, decir: *Señor, qué quieres que les diga o les pregunte o les pida a estos hermanos que tú tanto quieres.*

No quiero exagerar afirmando que mi gente de Las Mayas ha sido y es *el lugar epistemológico* de la revisión de mi pensamiento filosófico, social, político y teológico a lo largo de la vida; pero, sin lugar a dudas, ha dado mucho color a esa revisión.